

su familia, el azote de sus descendientes hasta el último grado, y como dice enérgicamente Tácito, la madrastra de la cosa pública.

Fué la expiacion de una política tortuosa, complicada, hipócrita. Hubo otra expiacion igualmente necesaria, que la historia no nos negará. Os he dicho, señores, que tanto en su juventud como en la edad madura, Augusto fué un prostituido sin escrúpulos, que los excesos del triunviro fueron salpicados de sangre, y que los del emperador no fueron ménos odiosos, favorecidos como lo fueron por la complicitad de Livia y por el prestigio del poder absoluto; bastaba una litera enviada á la primera de las matronas romanas para obligarla á ir al Palatino, y para que se entregase como la última de las esclavas. ¿Os he contado la historia de Apolodoro, que habia sido preceptor de Augusto, y que, viendo á una jóven desesperada de ser llevada de esta manera al palacio, entró en la litera en su lugar, y mostró al emperador que los conspiradores podian hacer lo que él habia hecho, usando de la misma estratagema para introducirse cerca de él? Esta fué toda la moral que Augusto sacó de esa aventura. Pero la gran leccion debia dársela su hija única, su misma sangre, la hermosa Julia. Cuando Augusto, llegado á la decadencia de su vida, habla de sus pesares demasiado públicos, toma un verso de Homero, y aplicándoselo, dice: «De dos cosas, una: ó bien habria debido vivir sin esposa, ó bien morir sin hijos.»

Esta frase, señores, es una revelacion, y no está sino demasiado justificada por los hechos.

Augusto tuvo dos mugeres ántes que Livia: una jóven de la familia Claudia, que repudió ántes que fuera núbil; luego Sirbconia, de la que tuvo á Julia. Pero apenas levantada

AUGUSTO.

6.

#### IV.

#### JULIA Y SU PADRE.

Se dice muchas veces, que el despotismo es el castigo de los pueblos que abdican, que renuncian á sus deberes y se complacen en entregarse á un sueño político y administrativo. ¿Pero cuál es el de los que han sido instrumentos de ese castigo, y que han llegado al poder con desprecio de las leyes, de la justicia, y á veces de la humanidad? El castigo ha existido siempre, aun para esos grandes ánimos serenos, consagrados hasta cierto punto, por el asentimiento de la historia y por las complacencias de la posteridad. Por lo que toca á Augusto, os he hecho ver que en su casa, en el interior de su familia, es donde debe buscarse el castigo que la historia no pone de manifiesto. Os he trazado el retrato de la que fué á la vez muger, cómplice y confidente de Augusto: Livia, esta amiga en apariencia, fué su azote secreto, el azote de



Scribonia de su parto, la repudió por crimen de adulterio. ¿Era cierto el crimen? Lo creo, pues Octavio no necesitaba pretexto para repudiar á Scribonia, puesto que el divorcio se habia introducido en las costumbres romanas; sólo es preciso añadir que inmediatamente despues de haber repudiado á Scribonia, se casó con Livia, por quien habia concebido una pasion desenfrenada. Es, pues, posible, que las acusaciones contra Scribonia fuesen tanto mas violentas, cuanto mayor era su deseo de casarse con Livia.

Julia nació el año 715 de Roma. Desde su nacimiento, esta niña, destinada á tener muchos amantes, por las combinaciones políticas de su padre, estuvo destinada sucesivamente á varios maridos. A la edad de dos años, fué prometida á un hijo del triunviro Antonio, que tenia diez años y que se llamaba Antylo. Ya reconocéis la influencia de Livia y la hábil política que encadenaba á Antonio por medio de alianzas hasta que se pudo combatirlo y derrocarlo. La historia cita en seguida, y esto debe ser una sátira de Antonio, los esponsales con Cotison, rey de Getes; otros, cuando tenia catorce años, con Marcelo, sobrino de Augusto, adoptado por el emperador y destinado á sucederle.

Marcelo muere; de nuevo queda libre la mano de Julia. En 732, cuando apenas tenia 17 años, Augusto la da á Agripa, ya casado con su sobrina Marcela, hija de Octavia, de quien tenia hijos. Augusto lo obligó á repudiar á Marcela para que se casara con su hija Julia y fuese su sucesor designado para el imperio. Agripa murió despues de once años de casado; la misma política de Augusto hace que Tiberio repudie á su muger Agripina, á quien amaba. Tiberio, á su vez, llegó á ser marido de Julia. Segun las ideas modernas, se veria en todo esto una serie de incestos, ademas del escán-

dalo de uniones así contraidas y deshechas. La reflexion no es mia, sino de La Harpe, que deja escapar esta observacion al redactar una nota que se encuentra inserta en su traduccion de Suetonio.

Julia fué educada con severidad. Augusto tuvo empeño en que tuviera la enseñanza extensa que ordinariamente se da á los hombres, y al mismo tiempo, las virtudes de la muger. Quiso que aprendiera á hilar la lana; Livia le daba el buen ejemplo. Aun cuando fué grande, Augusto la vigilaba de lejos y se hacia dar informes exactos de todo lo que la rodeaba.

Así, un verano, á fin de sustraerla al aire malsano de Roma, tan peligroso en aquella época como hoy dia, se habia enviado á Julia á tomar los baños de mar de Baia. Supo Augusto que un jóven patricio de buenas costumbres y de carácter serio, de quien no se podia desconfiar, se habia acercado á ella, en la playa, para saludarla. Inmediatamente escribió á ese jóven haciéndole los mas vivos reproches, diciéndole que aquel simple paso era una inconveniencia, y que habia faltado al respeto que le debia á ella y al emperador. Este hecho demuestra con qué vigilancia Augusto cuidaba á su hija. El cultivo de las artes se añadia á la fuerte educacion que le hacia dar. Pero Augusto olvidaba una cosa que otra persona, mucho mejor que yo, pudiera decirnos, pues se está dando en este momento un curso en el colegio de Francia, con grande y legítimo éxito, el de Mr. Legouvé, sobre los padres y los hijos.

Mr. Legouvé, señores, os recordará en términos vivos y elocuentes lo que Augusto olvidaba: y es que las mejores lecciones de los padres, no son nada comparadas con los ejemplos que dan. Augusto era severo con Julia, pero le daba el ejemplo de la inmoralidad mas tranquila é inalterable. Y por



eso fueron inútiles tantos cuidados. Apenas emancipada por el hecho de su casamiento, y porque siendo hija del emperador tenia el pié en la garganta de su marido, Julia no conoce ya freno alguno y se lanza en una de las vidas mas desvergonzadas de que pueda dar ejemplo el imperio romano. Acabada de casar con Agripa, ya Roma puede nombrar á su amante preferido, Sempronio Graco, uno de los hermosos nombres de Roma. Triste empleo de sus ocios era este para un heredero de los Sempronio; pero no era el único. Bien pronto se agrupa al derredor de Julia una multitud de jóvenes patricios amantes únicamente del placer, que no buscaban sino el escándalo, y que no respetaban ni á la patria ni al honor. Y para colmo de miseria, son excusables hasta cierto punto. ¿Qué tienen que hacer? Nada. Todos los generales son príncipes de la familia imperial, las funciones públicas están todas en manos del emperador ó de los suyos, de suerte que, excluidos de la vida de los campos de batalla, de la vida política, de la tribuna y de las asambleas, esos descendientes de los grandes hombres de la república se entregan con pasion desenfrenada á los placeres, siendo inútiles á sí mismos, inútiles á su país, buenos únicamente para formar el cortejo de Julia. La falta no es solo de aquella generacion, sino que proviene de la cobardía de sus padres y sobre todo del despotismo de Augusto, que secó en flor la energía cívica, el trabajo generoso, el patriotismo.

Julia era prostituida, no con medida, sino mas bien con cierto cálculo, pues preciso es observar que era una persona infinitamente inteligente. Tenia ligereza en las ideas, pero mezclada con orgullo. Su vanidad no era solo una vanidad exterior, procedente de su belleza, y que se manifestara por medio de una gran afectacion de coquetería en el tocador;

era un orgullo profundo, convencido, y hasta cierto punto, de raza. Apenas sube su padre al trono, y se siente superior á todas las mugeres, lleva al extremo la estima de su sangre, cuyo origen se proclama divino y es cantado por los poetas contemporáneos. Conserva este sentimiento aristocrático en el seno de los excesos á que va á entregarse, y en medio de los que conserva tal altivez, tan altanera compostura, que durante muchos años impone, no á la corte, que lo ve todo, sino tambien á Augusto, su padre.

Parece cierto, en efecto, que durante mucho tiempo, Augusto no supo cuál era la conducta de su hija; habia visto tan solo una coquetería loca y síntomas que era imposible que no sorprendiese un padre que vivia con su hija. La historia nos ha conservado algunas pequeñas escenas de familia que quitan toda ilusion sobre este punto.

Un dia, se presentó Julia ante su padre con un traje tan bello, tan rico, y de un lujo que era casi ofensivo, sobre todo para Augusto, que queria que en su casa hubiese gravedad y la sencillez que recordara las costumbres de la república.

Augusto frunció el entrecejo é hizo violentos reproches á su hija. Al dia siguiente volvió esta con un traje sencillo, digno de una matrona, de una madre de familia, por el que Augusto le hizo cumplimientos; y ella le respondió con una ironía y una hipocresía que huelen á la hija de Augusto: «Ayer estaba yo vestida para gustarle á mi marido, y hoy para gustarle á mi padre.»

Otra vez se reservaron en el teatro dos palcos para la familia imperial: en uno estaba Livia; en el otro Julia. Livia, persona austera, de costumbres irreprochables, y que alimentaba una ambicion demasiado grande para comprometerla á causa de placeres inútiles, estaba rodeada de hombres de



edad: su palco tenia un aspecto de gravedad y de decencia. Julia, por el contrario, tenia su palco lleno de jóvenes calaveras, estaba vestida de una manera deslumbradora, con los dedos llenos de anillos y de piedras preciosas, atrayendo las miradas y provocando el escándalo con las risas de sus amigos. Augusto se escandalizó mas que nadie y escribió algunas palabras en su librito de memorias que hizo llevar á su hija. Le reprochaba no tener á su rededor sino á hombres demasiado jóvenes. Ella le contestó con una especie de burla: «No tengais cuidado, que ya se envejecerán al mismo tiempo que yo.»

Su padre no le escaseaba las reprimendas, y le hacia comprender, muy á menudo, que deseaba se condujera con mas gravedad, y á veces ponía el dedo en la llaga. Un dia le dijo: «Querida hija mia, qué preferís: ¿estar calva, ó peinar canas?» Y ella le contestó: «No sé á dónde va á dar esa pregunta, pero no quisiera estar calva.» Entonces le dijo Augusto: «¿por qué, pues, os haceis arrancar los cabellos por vuestras esclavas?» y le enseñó sobre el vestido una cana que se habia quedado ahí al entresacarle el pelo. Julia tenia los cabellos negros, y como sucede con las cabelleras de este color, tenia uno que otro hilo de plata.

Crear que entre el padre y la hija habia un grande afecto, seria ponerse en contradiccion con los testimonios históricos, pues parece que Julia, aunque muy orgullosa de ser su hija, sentia desden hácia su padre y aun cierto desprecio. ¿Ese desprecio era á causa de su conducta política, ó de su conducta exterior, ó á causa de aquella compostura general que, á los ojos del vulgo, constituye la dignidad? Augusto era muy sencillo en todo, y esto chocaba á Julia. Un dia, un amigo de su padre, tal vez el mismo Agripa, le decia:

«¿Por qué no seguís el ejemplo de vuestro padre? ¡Ved cómo cuida de no ofender á los demas, cómo evita herir su amor propio con trajes demasiado hermosos y con adornos demasiado ricos, cómo se empeña en no hacerles sentir que es el dueño del imperio! Julia respondió entónces: «Mi padre no sabe lo que es conservar su dignidad; en cuanto á mí, sí y no olvidaré jamas que soy la hija del emperador.»

Este orgullo de raza, de que estaba poseida y que era uno de los rasgos dominantes de su carácter, le inspiraba desden y aun una severidad mas viva hácia la hipocresía que afectaba su padre, y que lo hacia arrodillarse delante del pueblo, suplicándole que no le llamase dictador, cuando, en realidad, era mucho mas que un dictador.

Llevaba ese orgullo hasta los últimos límites: ese orgullo era desenfrenado como sus pasiones; y lo probó con una frase que espanta repetir. Sin embargo, fuerza es ir hasta el fin. ¿Por qué no me atreveria á repetiros lo que ha dicho una persona de familia imperial? Tenia cinco hijos de Agripa, tres varones cuyos nombres os he dicho y cuya corta existencia os he referido, y dos hijas, Julia y Agripina. Estos cinco niños se parecian de una manera notable á su padre; esto admiraba á todo el mundo, y sobre todo á los íntimos de Julia, que no le guardaban muchos miramientos y que le preguntaban un dia, cómo era que con la vida que llevaba, sus cinco hijos fuesen verdaderos retratos de Agripa: «Nunca tomo pasajeros, respondió, sino cuando el cargamento está completo.»

Esto hace estremecer ¿no es verdad? Hay algo horrible en ese orgullo de raza asociándose á la depravacion mas profunda, é introduciendo el cálculo en la prostitucion. Pero vais á ver en la conducta de Julia un hecho mas grave toda-



vía que esas palabras, que será una expiación para su padre y una causa de ruina para su joven familia.

Julia no consideró suficiente el escándalo de la vida que llevaba. Se puso á recorrer las calles, como lo hará mas tarde Mesalina; y una noche, rodeada de su cortejo de jóvenes prostituidos, subió á la tribuna de las arengas, á aquellos tablados que durante cinco siglos habian sido el santuario de la república, de la libertad, y que ya no servian mas que para tristes ceremonias en tiempo de Augusto. Sin embargo, la tribuna habia servido la víspera misma al emperador. El mismo habia promulgado, con sus labios, leyes sobre el adulterio, ante el pueblo reunido. Augusto se habia hecho conferir por el pueblo, que nada podia negarle, el título de amo de las costumbres, *magister morum*.

Comprendia los deberes que este título imponia, no á él, pues no cambió de costumbres, sino á los demas. Su primer cuidado fué, pues, redactar una ley severa contra el adulterio, y él mismo la promulgó. La noche siguiente fué cuando Julia le halló gracia á ir al foro con cierto número de prostituidos, á ridiculizar las leyes de su padre, á manchar los recuerdos mas venerables de la república, y á entregarse á sus amantes en la tribuna de las arengas. No es esto todo, habia llevado consigo unas coronas, y esta circunstancia nos da tal vez la explicacion que la historia no ha podido darnos acerca de una de las particularidades del foro. Habia cerca de la tribuna una estatua que represensaba á Marsyas. Hemos investigado y la historia no nos dice por qué Marsyas estaba cerca de la tribuna.

El ejemplo de Julia permite sospechar que en el momento de hablar el orador, cuando tenia una corona en la cabeza, ya fuese una corona ganada en el sitio de una ciudad ó en

los combates por salvar la vida de un ciudadano, ya fuese la corona triunfal, el orador la suspendia del brazo de Marsyas, ó la ponia en la cabeza de la estatua.

Julia tenia tambien sus coronas. ¿Sabeis lo que hacia? Tantas cuantas veces se abandonaba en los brazos de un nuevo amante, otras tantas colocaba una corona en la estatua de Marsyas.

Necesito hacer resaltar de la narracion de esas infamias la moralidad que contiene, y esa moralidad es profunda. Hay algo de providencial en esa conducta de Julia. Observad que aquella tribuna profanada, es la que Augusto ha hecho enmudecer. Por una expiación terrible, ahí, en esa tribuna, en donde fueron clavadas la lengua y la mano de Ciceron, como para decir al pueblo romano: «el patriotismo ha muerto con la elocuencia,» ahí es donde la hija del emperador, la hija querida de Augusto, viene á prostituirse y á deshónrar á su padre á la faz de la república, vengada ante la posteridad. Las ruinas del pudor son el digno complemento de las ruinas de la libertad.

Difícil es llevar mas adelante el estudio de la vida escandalosa de Julia. Las acusaciones contra ella, no se limitan, no obstante, á esos horrores. Se ha dicho que Julia aconsejó á uno de sus amantes que matara á Augusto. No lo creo. No soy indulgente con Julia, y os traduzco con sinceridad sus procederes. Era una muger altiva, pero no ambiciosa hasta ese grado. Tenia una especie de desprecio por su padre; pero nada en su vida permite decir que fuese una criminal, que tuviese un deseo tan salvaje del poder. Esta acusacion os puede hacer comprender que proviene de un ódio secreto: probablemente es una calumnia de Livia, que la historia ha registrado y aceptado, pues Livia vela en la penum-